

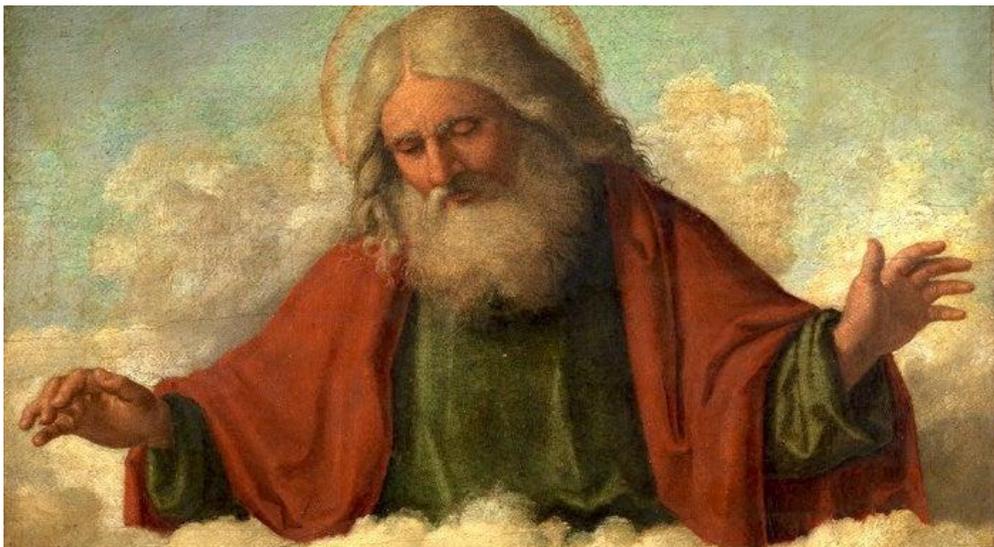
24° Jornada de Oración la Santificación del Pueblo Argentino y la Glorificación de sus Siervos de Dios

1 de noviembre de 2020

En el Año Mariano Nacional

Subsidio en preparación a la Jornada

- 1. Introducción**
- 2. Recordar juntos el valioso magisterio de los últimos tres Papas con algunas de sus ricas alocuciones**
- 3. Oración para compartir en comunidad**
- 4. Oración a la Santísima Virgen María**



1. INTRODUCCIÓN

"En la Solemnidad de Todos los Santos, nuestro corazón, superando los confines del tiempo y del espacio, se ensancha con las dimensiones del Cielo". (Benedicto XVI)

Celebrar a los Santos nos recuerda que todos estamos llamados a la santidad, a gozar un día plenamente del cielo con la muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas (Ap 7, 2-4. 9-14). Hacia esa Jerusalén celeste nos encaminamos alegres, guiados por la fe y contemplando a los que ya están allí, encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad. Allí esperamos ver a Dios tal cual es porque entonces seremos semejantes a Él (1 Jn 3, 1-3). Jesús presenta la vivencia de las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12a) como camino concreto de santidad, en medio de los insultos o persecuciones por la fe, y nos invita a estar alegres y contentos porque nuestra recompensa será grande en el cielo. La eucaristía es la mesa de la Iglesia peregrina que nos anticipa ya el banquete del reino de los cielos.

En los inicios del cristianismo, a los miembros de la Iglesia también se les solía llamar "los santos". Por ejemplo, San Pablo, en la primera carta a los Corintios, se dirige "a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro" (1 Co 1, 2).

La vida de los santos no comprende sólo la vida terrena, sino también su vida desde Dios después de la muerte. De allí que la Iglesia nos lo presentan como modelos. Y también como buenos intercesores ante Jesús.

En el centro de la asamblea de los santos resplandece la Virgen María, «la más humilde y excelsa de las criaturas» (Dante, Paraíso, XXXIII, 2). Al darle la mano, nos sentimos animados a caminar con mayor impulso por el camino de la santidad. A ella le encomendamos hoy nuestro compromiso diario.

Celebrar la *24 Jornada Nacional de Oración por la Santificación del Pueblo Argentino y la Glorificación de sus Siervos de Dios* nos invita a renovar nuestra común vocación, nos invita a reanimarnos y desear responder a la vocación a la santidad, con la mirada puesta en estos hombres y mujeres de nuestra patria, testigos de la fe, que están en camino de ser reconocidos como santos y santas de la Iglesia. Ellos son los faros que iluminan o deben iluminar nuestro propio proceso.

La santidad supone vivir en la sencillez de lo cotidiano de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Ahí está todo. En definitiva, los santos serán los que “han manifestado su fe con obras, su amor con fatigas y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia” (1Tes. 1, 3).

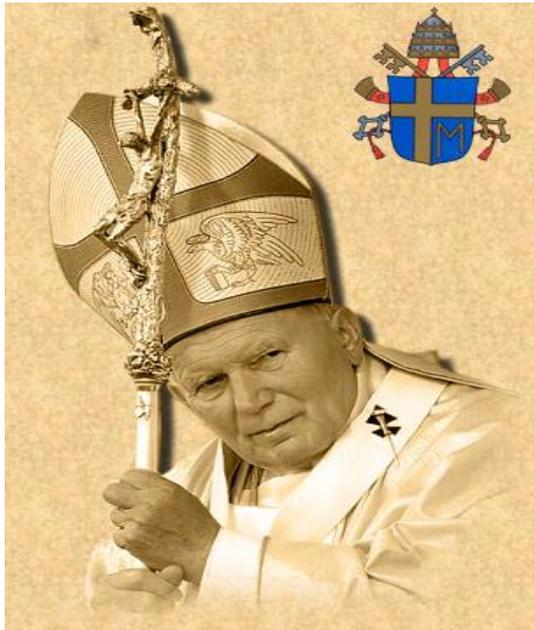
Tengamos presente lo que nos recuerda el Concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática *Lumen Gentium*: “Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo”.

Que esta nueva Jornada Nacional, en la que tantos beatos, siervos de Dios y venerables de nuestra Patria son presentados por la Iglesia como modelos concretos de santidad, porque ellos son Amigos de Jesús, ¡Testigos de la fe!, nos alienten a desear y a vivir en clave de santidad.



2. RECORDAR JUNTOS EL VALIOSO MAGISTERIO DE LOS ÚLTIMOS TRES PAAS CON ALGUNAS DE SUS RICAS ALOCUCIONES

1) Papa San Juan Pablo II



- Estamos llamados a encontrarnos en torno a Cristo, cuando pronuncia su *sermón de la montaña*. El Evangelio de las ocho bienaventuranzas toca estas dos dimensiones de la vida, de las cuales una pertenece a esta tierra y es temporal, mientras que la otra comporta la esperanza de la vida eterna. Al escuchar estas palabras, **se puede mirar hacia la vida eterna a partir de la temporalidad. Pero se puede también y se debe mirar la temporalidad de nuestra vida sobre la tierra, a través de la perspectiva de la vida eterna.** Y debemos preguntarnos también cómo debe ser esta vida nuestra, para que la esperanza de la vida eterna pueda desarrollarse y madurar en ella. Entonces comprendemos de manera justa lo que Jesús quiere decir cuando proclama "bienaventurados" a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que sufren con una aflicción buena, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los obradores de paz y a los que son perseguidos a causa de la justicia (1 noviembre 1979).

- Vivimos con acentos especiales la realidad vivificante de la comunión de los santos y debemos tener firmemente presente que en el comienzo, en la base, en el centro de esta comunión está Dios mismo, que **no sólo nos llama a la santidad, sino que también y sobre todo nos la da magnánimamente en la sangre de Cristo, venciendo así nuestros pecados.** He aquí por qué los santos del Apocalipsis "clamaban con grande voz diciendo: Salud a nuestro Dios... y al Cordero" (*Ap* 7, 10), y luego "cayeron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios, diciendo: Amén. Bendición, gloria y sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos" (7, 11-12) (1 noviembre 1980).
- También nosotros debemos cantar siempre al Señor un himno de gratitud y de adoración, como hizo **María** con su *Magnificat* para reconocer y proclamar gozosamente la magnificencia y la bondad del "Padre que nos ha hecho capaces de participar de la herencia de los santos en la luz... y nos trasladó al reino del Hijo de su amor" (*Col* 1, 12.13). Por eso, no debemos replegarnos nunca sobre nosotros mismos, sino que debemos mirar al Señor para ser radiantes (cf. *Sal* 34, 6). Los invito a no considerar nuestras pobres virtudes, sino la gracia de Dios que siempre nos infunde (cf. *Lc* 19, 5-6); a no presumir de nuestras fuerzas, sino a confiar filialmente en Aquel que nos ha amado cuando todavía éramos pecadores (cf. *Rom* 5, 8); y también a no cansarnos jamás de obrar el bien, puesto que en todo caso nuestra santificación es "voluntad de Dios" (*I Tes*4, 3) (1 noviembre 1980).
- **Para saber cuál es el camino de la santidad, debemos subir con los Apóstoles a la montaña de las bienaventuranzas,** acercarnos a Jesús y ponernos a la escucha de las palabras de vida que salen de sus labios. También hoy nos repite: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* El Maestro divino proclama "bienaventurados" y, podríamos decir, "canoniza" ante todo a los *pobres de espíritu*, es decir, a quienes tienen el corazón libre de prejuicios y condicionamientos y, por tanto, están dispuestos a cumplir en todo la voluntad divina. La adhesión total y confiada a Dios supone el desprendimiento y el desapego coherente de sí mismo. **Los santos se tomaron en serio estas palabras de Jesús.** Creyeron que su "felicidad" vendría de traducirlas concretamente en su existencia. Y comprobaron su verdad en la confrontación diaria con la experiencia: a pesar de las pruebas, las sombras y los fracasos gozaron ya en la tierra de la alegría profunda de la comunión con

Cristo. En él descubrieron, presente en el tiempo, el germen inicial de la gloria futura del reino de Dios (1 noviembre 2000).

- Esto lo descubrió, de modo particular, **María Santísima**, que vivió una comunión única con el Verbo encarnado, entregándose sin reservas a su designio salvífico. Por esta razón se le concedió escuchar, con anticipación respecto al "sermón de la montaña", *la bienaventuranza que resume todas las demás*: "¡Bienaventurada tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!" (Lc 1, 45). La profunda fe de la Virgen en las palabras de Dios se refleja con nitidez en el cántico del *Magnificat*: "Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava" (Lc 1, 46-48). Con este canto María muestra lo que constituyó el fundamento de su santidad: *su profunda humildad*. Esa humildad de espíritu, esa sumisión plena en la fe se expresó de modo especial en su *fiat*: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Gracias a la humildad de María pudo cumplirse lo que cantaría después en el *Magnificat*: "Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo" (Lc 1, 48-49). ***A la profundidad de la humildad corresponde la grandeza del don.*** El Poderoso realizó por ella "grandes obras" (Lc 1, 49), y ella supo aceptarlas con gratitud y transmitir las a todas las generaciones de los creyentes. Este es el camino hacia el cielo que siguió María, Madre del Salvador, precediendo en él a todos los santos y beatos de la Iglesia. **En la vida de fe de María vemos la clara indicación del camino hacia la madurez espiritual y la santidad cristiana** (1 noviembre 2000).

2) Papa Benedicto XVI



- La poesía de **María** -el *Magnificat*- es totalmente original; sin embargo, al mismo tiempo, es un «tejido» hecho completamente con «hilos» del Antiguo Testamento, hecho de palabra de Dios. Se puede ver que María, por decirlo así, «se sentía como en su casa» en la palabra de Dios, vivía de la palabra de Dios, estaba penetrada de la palabra de Dios. En efecto, hablaba con palabras de Dios, pensaba con palabras de Dios; sus pensamientos eran los pensamientos de Dios; sus palabras eran las palabras de Dios. Estaba penetrada de la luz divina; por eso era tan espléndida, tan buena; por eso irradiaba amor y bondad. María vivía de la palabra de Dios; estaba impregnada de la palabra de Dios. Al estar inmersa en la palabra de Dios, al tener tanta familiaridad con la palabra de Dios, recibía también la luz interior de la sabiduría. **Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno;** también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien en el mundo (15 agosto 2005).
- **María** fue elevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo, y con Dios es reina del cielo y de la tierra. ¿Acaso así está alejada de nosotros? Al contrario. Precisamente al estar con Dios y en Dios, está muy cerca de cada uno de nosotros. Cuando estaba en la tierra, sólo podía estar cerca de algunas personas. Al estar en Dios, que está cerca de nosotros, más aún, que está «dentro» de todos nosotros, María participa de esta cercanía de Dios. Al estar en Dios y con Dios, María está cerca de cada uno de nosotros, conoce nuestro corazón, puede escuchar nuestras oraciones, puede ayudarnos con su bondad materna. Nos ha sido dada como «madre» -así lo dijo el Señor-, a la

que podemos dirigirnos en cada momento. Ella nos escucha siempre, siempre está cerca de nosotros; y, siendo Madre del Hijo, participa del poder del Hijo, de su bondad. Podemos poner siempre toda nuestra vida en manos de esta Madre, que siempre está cerca de cada uno de nosotros (15 agosto 2005).

- El contemplar el luminoso ejemplo de los santos, suscita en nosotros el gran deseo de ser como los santos, felices por vivir cerca de Dios, en su luz, en la gran familia de los amigos de Dios. Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia. Esta es la vocación de todos nosotros, reafirmada con vigor por el concilio Vaticano II, y que hoy se vuelve a proponer de modo solemne a nuestra atención. **Pero, ¿cómo podemos llegar a ser santos, amigos de Dios?** A esta pregunta se puede responder ante todo de forma negativa: para ser santos no es preciso realizar acciones y obras extraordinarias, ni poseer carismas excepcionales. Luego viene la respuesta positiva: es necesario, ante todo, escuchar a Jesús y seguirlo sin desalentarse ante las dificultades. "Si alguno me quiere servir —nos exhorta—, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará" (*Jn* 12, 26). Quien se fía de él y lo ama con sinceridad, como el grano de trigo sepultado en la tierra, acepta morir a sí mismo, pues sabe que quien quiere guardar su vida para sí mismo la pierde, y quien se entrega, quien se pierde, encuentra así la vida (cf. *Jn* 12, 24-25). La experiencia de la Iglesia demuestra que toda forma de santidad, aun siguiendo sendas diferentes, pasa siempre por el camino de la cruz, el camino de la renuncia a sí mismo (1 noviembre 2006).
- Las **biografías de los santos** presentan hombres y mujeres que, dóciles a los designios divinos, han afrontado a veces pruebas y sufrimientos indescritibles, persecuciones y martirio. Han perseverado en su entrega, "han pasado por la gran tribulación —se lee en el Apocalipsis— y han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero" (*Ap* 7, 14). Sus nombres están escritos en el libro de la vida (cf. *Ap* 20, 12); su morada eterna es el Paraíso. El ejemplo de los santos es para nosotros un estímulo a seguir el mismo camino, a experimentar la alegría de quien se fía de Dios, porque la única verdadera causa de tristeza e infelicidad para el hombre es vivir lejos de él. La santidad exige un esfuerzo constante, pero es posible a todos, porque, más que obra del hombre, es ante todo don de Dios, tres veces santo (cf. *Is* 6, 3). Es Dios quien nos ha amado primero y en Jesús nos ha hecho sus hijos adoptivos. En nuestra vida todo es don de su amor. ¿Cómo quedar indiferentes ante un misterio

tan grande? ¿Cómo no responder al amor del Padre celestial con una vida de hijos agradecidos? En Cristo se nos entregó totalmente a sí mismo, y nos llama a una relación personal y profunda con él. Por tanto, cuanto más imitamos a Jesús y permanecemos unidos a él, tanto más entramos en el misterio de la santidad divina. Descubrimos que somos amados por él de modo infinito, y esto nos impulsa a amar también nosotros a nuestros hermanos. Amar implica siempre un acto de renuncia a sí mismo, "perderse a sí mismos", y precisamente así nos hace felices (1 noviembre 2006).

- **La santidad invita a elevar la mirada al cielo y a meditar en la plenitud de la vida divina que nos espera.** «Somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha manifestado todavía» (1 Jn 3, 2): con estas palabras el apóstol san Juan nos asegura la realidad de nuestra profunda relación con Dios, así como la certeza de nuestro destino futuro. Por eso, como hijos amados recibimos también la gracia para soportar las pruebas de esta existencia terrena —el hambre y la sed de justicia, las incomprendiones, las persecuciones (cf. Mt 5, 3-11)— y, al mismo tiempo, heredamos ya desde ahora lo que se promete en las bienaventuranzas evangélicas, «en las que resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que inaugura Jesús» (Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 99) (1 noviembre 2010).
- **La santidad, imprimir a Cristo en nosotros mismos, es el objetivo de la vida del cristiano.** El beato Antonio Rosmini escribe: «El Verbo se había impreso a sí mismo en las almas de sus discípulos con su aspecto sensible... y con sus palabras... había dado a los suyos aquella gracia... con la que el alma percibe inmediatamente al Verbo» (*Antropología soprannaturale*, Roma 1983, pp. 265-266). Y nosotros ya experimentamos el don y la belleza de la santidad cada vez que participamos en la liturgia eucarística, en comunión con la «multitud inmensa» de los bienaventurados, que en el cielo aclaman eternamente la salvación de Dios y del Cordero (cf. Ap 7, 9-10). «La vida de los santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los santos es evidente que quien va hacia Dios no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos» (*Deus caritas est*, 42) (1 noviembre 2010).
- Debemos reflexionar sobre el doble horizonte de la humanidad, que expresamos simbólicamente con las palabras «tierra» y «cielo»: la tierra representa el camino histórico, el cielo la eternidad, la plenitud de la vida de Dios. Así, nos permite pensar **en la Iglesia en su doble**

dimensión: la Iglesia en camino en el tiempo y la que celebra la fiesta sin fin, la Jerusalén celestial. Estas dos dimensiones están unidas por la realidad de la «comunidad de los santos»: una realidad que empieza aquí abajo, en la tierra, y alcanza su cumplimiento en el cielo. En el mundo terreno la Iglesia se halla al inicio de este misterio de comunión que une a la humanidad, un misterio totalmente centrado en Jesucristo: es Él quien ha introducido en el género humano esta dinámica nueva, un movimiento que la conduce hacia Dios y al mismo tiempo hacia la unidad, hacia la paz en sentido profundo. Jesucristo, dice el Evangelio de Juan (11, 52), murió «para reunir a los hijos de Dios dispersos», y esta obra suya continúa en la Iglesia que es inseparablemente «una», «santa» y «católica». Ser cristianos, formar parte de la Iglesia, significa abrirse a esta comunión, como una semilla que se abre en la tierra, muriendo, y germina hacia lo alto, hacia el cielo (1 noviembre 2010).

- Los santos —aquellos a quienes la Iglesia proclama como tales, pero también todos los santos y santas que sólo Dios conoce, y a quienes hoy también celebramos— vivieron intensamente esta dinámica. En cada uno de ellos, de manera muy personal, se hizo presente Cristo gracias a su Espíritu, que actúa mediante la Palabra y los sacramentos. De hecho **estar unidos a Cristo, en la Iglesia, no anula la personalidad, sino que la abre, la transforma con la fuerza del amor, y le confiere, ya aquí, en la tierra, una dimensión eterna.** En sustancia significa conformarse a la imagen del Hijo de Dios (cf. *Rm8*, 29), realizando el proyecto de Dios que ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Pero esta introducción en Cristo nos abre también —como he dicho— a la comunión con todos los demás miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia, una comunión que es perfecta en el «cielo», donde no existe ningún aislamiento, ninguna competición o separación. **Pregustamos la belleza de esta vida de total apertura a la mirada de amor de Dios y de los hermanos, estando seguros de alcanzar a Dios en el otro y al otro en Dios.** Con esta fe llena de esperanza veneramos a todos los santos. **En los santos vemos la victoria del amor sobre el egoísmo y sobre la muerte:** vemos que seguir a Cristo lleva a la vida, a la vida eterna, y da sentido al presente, a cada instante que pasa, pues lo llena de amor, de esperanza. Sólo la fe en la vida eterna nos hace amar verdaderamente la historia y el presente, pero sin apegos, en la libertad del peregrino que ama la tierra porque tiene el corazón en el cielo (1 noviembre 2012).

3) Papa Francisco



- El llamado a la santidad nos recuerda que **la meta de nuestra existencia no es la muerte, ¡es el Paraíso!** Lo escribe el apóstol Juan: «Aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2). Los santos, los amigos de Dios, nos aseguran que esta promesa no defrauda. En su existencia terrena, en efecto, vivieron en comunión profunda con Dios. Vieron el rostro de Dios en el rostro de los hermanos más pequeños y despreciados, y ahora le contemplan cara a cara en su belleza gloriosa (1 noviembre 2013)
- **Los santos no son superhombres, ni nacieron perfectos.** Son como nosotros, como cada uno de nosotros, son personas que antes de alcanzar la gloria del cielo vivieron una vida normal, con alegría y dolores, fatigas y esperanzas. Pero, **¿qué es lo que cambió su vida?** Cuando conocieron el amor de Dios, le siguieron con todo el corazón, sin condiciones e hipocresías; gastaron su vida al servicio de los demás, soportaron sufrimientos y adversidades sin odiar y respondiendo al mal con el bien, difundiendo alegría y paz. Esta es la vida de los santos: personas que por amor a Dios no le pusieron condiciones a Él en su vida; no fueron hipócritas; gastaron su vida al servicio de los demás para servir al prójimo; sufrieron muchas adversidades, pero sin odiar. Los santos no odiaron nunca. Comprender bien esto: el amor es de Dios, pero el odio ¿de quién viene? El odio no viene de Dios, sino del diablo. Y **los santos se alejaron del diablo;** los santos son hombres y mujeres que tienen la

alegría en el corazón y la transmiten a los demás. Nunca odiar, sino servir a los demás, a los más necesitados; rezar y vivir en la alegría. Este es el camino de la santidad (1 noviembre 2013).

- **Ser santos no es un privilegio de pocos**, como si alguien hubiera tenido una gran herencia. Todos nosotros en el Bautismo tenemos la herencia de poder llegar a ser santos. **La santidad es una vocación para todos**. Todos, por lo tanto, estamos llamados a caminar por el camino de la santidad, y esta senda tiene un nombre, un rostro: el rostro de Jesucristo. Él nos enseña a ser santos. En el Evangelio nos muestra el camino: el camino de las Bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 1-12). El Reino de los cielos, en efecto, es para quienes no ponen su seguridad en las cosas, sino en el amor de Dios; para quienes tienen un corazón sencillo, humilde, no presumen ser justos y no juzgan a los demás, quienes saben alegrarse con quien se alegra, no son violentos sino misericordiosos y buscan ser artífices de reconciliación y de paz. El santo, la santa, es artífice de reconciliación y de paz; ayuda siempre a la gente a reconciliarse y ayuda siempre a fin de que haya paz. Y así es hermosa la santidad; es un hermoso camino (1 noviembre 2013).
- **Los santos nos dan un mensaje. Nos dicen: fíaos del Señor, porque el Señor no defrauda. No decepciona nunca, es un buen amigo siempre a nuestro lado**. Con su testimonio, los santos nos alientan a no tener miedo de ir a contra corriente o de ser incomprendidos y escarnecidos cuando hablamos de Él y del Evangelio; nos demuestran con su vida que quien permanece fiel a Dios y a su Palabra experimenta ya en esta tierra el consuelo de su amor y luego el «céntuplo» en la eternidad. (1 noviembre 2013).
- Al hablar de los santos, sentimos particularmente viva la realidad de la comunión de los santos, nuestra gran familia, formada por todos los miembros de la Iglesia, tanto los que somos todavía peregrinos en la tierra, como los que —muchos más— ya la han dejado y se han ido al Cielo. Estamos todos unidos, y esto se llama la «**comunión de los santos**», es decir, la comunidad de todos los bautizados (1 noviembre 2015).
- Los santos **son personas que pertenecen totalmente a Dios. ¿Somos conscientes de este gran don?** ¡Todos somos hijos de Dios! ¿Recordamos que en el Bautismo hemos recibido el «sello» de nuestro Padre celestial y nos hemos convertido en sus hijos? Dicho de un modo sencillo: llevamos el apellido de Dios, nuestro apellido

es Dios, porque somos hijos de Dios. ¡Aquí está la raíz de la vocación a la santidad! Y los santos que hoy recordamos son precisamente quienes han vivido en la gracia de su Bautismo, han conservado íntegro el «sello», comportándose como hijos de Dios, tratando de imitar a Jesús; y ahora han alcanzado la meta, porque finalmente «ven a Dios así como Él es» (1 noviembre 2015).

- **Los santos son ejemplos para imitar.** Pero, atención: no solamente los canonizados, sino también los santos, por así decir, «de la puerta de al lado» que, con la gracia de Dios, se han esforzado por practicar el Evangelio en su vida ordinaria. De estos santos hemos encontrado tantos también nosotros; quizás hemos tenido alguno en familia, o bien entre los amigos y los conocidos. Debemos estarles agradecidos, y sobre todo debemos dar gracias a Dios que nos los dio, que nos los puso cerca, como ejemplos vivos y contagiosos del modo de vivir y de morir en la fidelidad al Señor Jesús y a su Evangelio. ¡Cuánta gente buena hemos conocido y conocemos!, y decimos: «esta persona es un santo». Lo decimos, nos viene espontáneamente. Estos son los santos de la puerta de al lado, los que no están canonizados pero viven con nosotros. Imitar sus gestos de amor y de misericordia es un poco como perpetuar su presencia en este mundo. Y, en efecto, esos gestos evangélicos son los únicos que resisten a la destrucción de la muerte: un acto de ternura, una ayuda generosa, un tiempo dedicado a escuchar, una visita, una palabra buena, una sonrisa... Ante nuestros ojos estos gestos pueden parecer insignificantes, pero a los ojos de Dios son eternos, porque el amor y la compasión son más fuertes que la muerte (1 noviembre 2015).
- **La santidad de Nuestra Señora** es la plenitud del Espíritu Santo en sí mismo. Es el Espíritu Santo quien la llenó, ella es consecuente con eso. El escándalo y la dificultad no es entender si Dios existe, sino comprender que Dios se convirtió en Cristo. Este es el escándalo. **Y la Virgen está allí en el centro del escándalo. La santidad está en el centro de este escándalo.** Tú no puedes entender la santidad sin entender este escándalo: que Dios se hizo Cristo, es decir ungido, hombre como nosotros (octubre 2018 programa “Ave María” de la televisión de la Conferencia Episcopal italiana).
- **Los Santos y las Santas “no son simplemente símbolos, seres humanos lejanos e inalcanzables”** sino “personas que han vivido con los pies en la tierra y han experimentado el trabajo diario de la existencia con sus éxitos y fracasos, encontrando en el Señor la fuerza para levantarse una y otra vez y continuar el camino”. “Se

comprende que la santidad es una meta que no se puede alcanzar solo con las propias fuerzas, sino que es fruto de la gracia de Dios y de nuestra libre respuesta a ella” (1 noviembre 2019)

- **La santidad es Don y llamada.** “Todos estamos llamados a la santidad” y que ésta es “un Don y una llamada”: Es **Don** porque es algo “que no podemos comprar ni intercambiar” sino “acoger”, participando así en la misma vida divina a través del Espíritu Santo que vive en nosotros desde el día de nuestro Bautismo. Esto significa “ser cada vez más conscientes de que estamos injertados en Cristo, cómo la rama está unida a la vid, y por lo tanto podemos y debemos vivir con Él y en Él como hijos de Dios”. Pero la santidad, además de ser un don, “también es una vocación común de los discípulos de Cristo” señaló el Papa, “es el camino de plenitud que **cada cristiano está llamado** a seguir en la fe, avanzando hacia la meta final: la comunión definitiva con Dios en la vida eterna”. La santidad es, por tanto, “una respuesta al Don de Dios” y se manifiesta “como una asunción de responsabilidad”, por ello es importante que todos asumamos un compromiso serio y diario de santificación “tratando de vivir todo con amor y con caridad” (1 noviembre 2019),
- **El ejemplo de los Santos nos ayuda a enfrentar los problemas de la vida.** Los Santos “son hermanos y hermanas que han admitido en sus vidas que necesitan esta luz divina, abandonándose a ella con confianza y ahora, ante el trono de Dios, cantan su gloria eternamente”. Además, “mirando sus vidas estamos estimulados a imitarlos” pues entre ellos “hay muchos testigos de una santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios”. Al recordar a los Santos levantamos la mirada al cielo “no para olvidar las realidades de la tierra, sino para enfrentarlas con más coraje y esperanza” (1 noviembre 2019).
- Dios nos ha elegido para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor. Si el Señor sigue viniendo entre nosotros, si sigue dándonos el don de su Palabra, es para que **cada uno de nosotros pueda responder a esta llamada: ser santos en el amor** (1 noviembre 2019).
- **La santidad pertenece a Dios, es comunión con Él, transparencia de su infinita bondad. La santidad es guardar el don que Dios nos ha dado. Simplemente esto: guardar la gratuidad. En esto consiste ser santo.** Por tanto, quien acepta la santidad en sí mismo como un don de gracia, no puede dejar de traducirla en acciones

concretas en la vida cotidiana. Este don, esta gracia que Dios me ha dado, la traduzco en una acción concreta en la vida cotidiana, en el encuentro con los demás. Esta caridad, esta misericordia hacia el prójimo, reflejo del amor de Dios, al mismo tiempo purifica nuestro corazón y nos dispone al perdón, haciéndonos “inmaculados” día tras día. Pero inmaculados no en el sentido de que yo elimino una mancha: inmaculados en el sentido de que Dios entra en nosotros, el don, la gratuidad de Dios entra en nosotros y nosotros lo guardamos y lo damos a los demás (5 enero 2020).

3. ORACIÓN PARA COMPARTIR EN COMUNIDAD

En comunión con tantos hermanos y hermanas que nos han precedido con la señal de la fe y gozan ya de la claridad de Dios, oremos a Dios Padre.

- Por la Iglesia y sus pastores, para que sea a los ojos de mundo la imagen de la nueva humanidad. Roguemos. *Te lo pedimos Señor*

- Por los que gobiernan las naciones, para que trabajen por la paz, fruto de la justicia. Roguemos. *Te lo pedimos Señor*

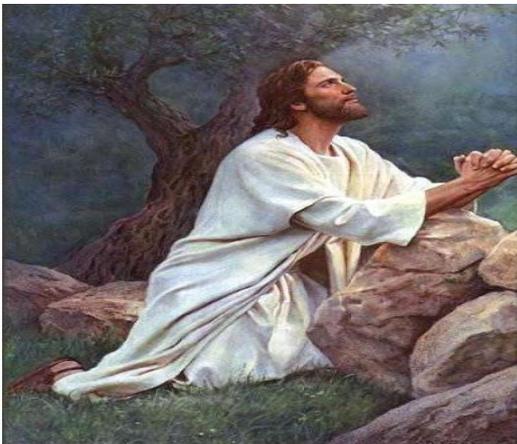
- Por aquellos que se mantienen alejados, para que la propuesta del Evangelio los ayude a encontrar la felicidad auténtica. Roguemos. *Te lo pedimos Señor*

- Por los pobres, los enfermos, los que tienen hambre, los perseguidos, para que puedan experimentar el consuelo, la riqueza, y la bendición de Dios. Roguemos. *Te lo pedimos Señor*

- Por nuestros difuntos: amigos y familiares, para que gocen para siempre de la plenitud de la vida con Dios. Roguemos. *Te lo pedimos Señor*

- Por todos nosotros, para que el ejemplo de los santos, nos estimule a vivir las bienaventuranzas de Cristo. Roguemos. *Te lo pedimos Señor*

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.



4. ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

¡Virgen María, Señora nuestra y Reina de todos los Santos, modelo de santidad!

Tú que disfrutas la alegría de todos los Santos, de quienes lavaron sus vestidos en la Sangre del cordero. (Ap 7, 14).

Tú eres la primera en ser salvada, la toda Santa, la Inmaculada.

Ayúdanos a vencer nuestra mediocridad, llena nuestro corazón con el deseo y el propósito de la perfección.

Suscita en la Iglesia, para bien de los hombres de hoy, una nueva primavera de santidad!

Señor, dignate glorificar a los Siervos tuyos que, por el ejemplo de su vida y su valiosa intercesión, nos puedan estimular y ayudar, para que perseveremos con ánimo constantemente renovado en el camino de la santidad.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

